

## Breve historia del mañana

En los primeros años de la década de 1900 un caballo llamado *Hans der Kluge* se convirtió en una celebridad alemana, pues mientras recorría ciudades y pueblos demostró una notable comprensión del idioma alemán y un dominio aún más notable de las matemáticas. Cuando se le preguntaba: ‘¿Cuántas son cuatro por tres?’ Hans golpeaba el suelo doce veces con uno de sus cascos. En 1904 la Junta de educación alemana designó una comisión para investigar tan misterioso asunto, pero no sacaron nada en claro hasta que en 1907 el psicólogo Oskar Pfungst desveló que Hans respondía adecuadamente después de observar el lenguaje corporal y las expresiones de sus interlocutores. Cuando se le preguntaba por el resultado de *cuatro por tres* sabía por la experiencia acumulada que la persona que le interrogaba esperaba que golpeará con su pezuña un determinado número de veces, doce en este caso. Empezaba a golpetear al tiempo que observaba atentamente al humano. Cuando Hans se acercaba al número correcto de golpes, el humano se ponía cada vez más tenso; finalmente, en el momento en que Hans golpeaba el número correcto, la atención del interrogador humano alcanzaba su punto álgido, algo que Hans sabía reconocer por la postura del cuerpo del investigador, así como por la expresión de su cara. Entonces dejaba de golpetear y observaba la manera en que la tensión era sustituida por asombro o por risa: ahora Hans sabía que había acertado<sup>1</sup>.

No se sabe quién es más listo, si el caballo Hans el listo, o el psicólogo Okar Pfungst, que bien se merece el apelativo de *Hans el listo II* tras haber dado con la supuesta resolución del enigma, o el escritor Yuval Noah Harari, intérprete segundo del intérprete primero, al que bien podríamos denominar *Hans el listo III*. En efecto, a juzgar por su conducta el famoso caballo resultó ser un

---

<sup>1</sup> Yuval Noah Harari: *Homo deus. Breve historia del mañana*. Ed. Debate, Barcelona, 2017, p. 149

psicólogo de primera categoría capaz no sólo de superar satisfactoriamente las pruebas a que era sometido, sino además y sobre todo de controlar las reacciones de sus controladores, y hasta quién sabe si incluso de reírse por lo bajini de quienes se reían de él. Por lo demás, ¿cómo pudo explicar el fino observador Pfungst que la respuesta del animal fue la correcta desde la primera prueba a que fue sometido, antes incluso de haber tenido tiempo el brillante cuadrúpedo para extraer conclusiones ulteriores respecto a las posturas corporales y las expresiones faciales adoptadas por sus observadores? Más aún ¿por qué tan fino psicólogo fue incapaz él mismo de fingir la expresión de su propia cara para tratar de inducir a error al supercaballo?, ¿por qué no sospechar que era este último quien en realidad observaba al psicólogo que decía observar al caballo? Así las cosas, ¿no habría resultado excelente para el avisado psicólogo ir a consulta con *Hans der Klug*, que se estaba adelantando a Pavlov en lo referente a la teoría del reflejo condicionado del animal... humano? Cuando el bueno de Pavlov creyó haber demostrado que el hombre podía manipular al perro no estaba sino recreando con una variante de segundo grado el experimento original de Hans der Klug, aquel caballo que se adelantó a la terapia conductista a través de la manipulación del hombre por el caballo. He ahí, vista desde otra perspectiva, la *historia del manipulador manipulado*.

Por lo demás ¿qué decir del mismísimo señor Yuval Noah Harari, autor de *Homo deus. Breve historia del mañana*, sino que su propia *metahermenéutica* del caballo y del psicólogo ajenos le invalidaba para cualquier forma de hermenéutica propia? Yo desde luego no iría a consulta con semejante *equólogo*, ni con ningún otro de su cuadra de psicólogos, aunque yo mismo estuviera rebuznando. Desgraciadamente el *homo sapiens pobredios* siempre hizo burradas, pero ahora ha ido más lejos: él mismo, el “humano”, se ha convertido en un *hombre burro* que se cree a sí mismo un *Homo Deus*.

Pero comencemos ya realmente nuestro comentario de este libro titulado *Homo Deus* y pretenciosamente subtulado *Breve*

*historia del mañana*, subtítulo con demasiado hipérbaton, pues mejor hubiera sido denominarlo *Historia del mañana breve* a juzgar por sus planteamientos pesimistas, tan pesimistas que su autor -el *señor Harari*- hubiera debido llamarse *señor Harakiri*. En efecto, la síntesis del mañana del hombre de hoy podría ser la siguiente: “*Ahora la humanidad está a las puertas de sustituir la selección natural con el diseño inteligente, y a extender la vida desde el ámbito orgánico al inorgánico*”<sup>2</sup>. Esa filosofía barata de *todo a cien* que arrasa hoy se asienta en dos pilares. *Primer pilar*: Entre la dotación genética humana y la de una rata no existe la menor diferencia cualitativa, antes al contrario existe una continuidad tal entre las ratas en personas, que éstas son equipolentes respecto de aquellas. Lo que está detrás de su espíritu de plañidera es un *insuperable pesimismo cósmico* para consumo de lectores de literatura de aeropuerto sin valor científico ni filosófico y cuya tesis reza: el futuro va hacia el pasado, y el hombre hacia el *ratántropo* o *antropomúrido*. No siendo libre el hombre, reducido a cualquier cosa electromecánica y bioquímica, caminemos cual cangrejos del hombre a la animalidad recuperada, de lo superior a lo inferior, de lo inferior a lo ínfimo, y de lo ínfimo a la nada. Ya estamos en el funeral: “¡No somos *nada!*”. No somos nada, pobres de nosotros ¡con lo que nos gustaba el chocolate con picatostes!

Si esta primera fórmula es la de *apuntar a la baja* al hombre, la *segunda formulación* de decadencia –pese a su aparente contradicción con la anterior- *apunta por elevación* y reza así: *fabriquemos el hombre máquina, Robot Sam*, todo eso de los microchips y las lañas que los nuevos cacharrereros han descubierto para restañar los agujeros del viejo hombre de carne y hueso mortal. El nuevo *hombre cacharro* que postula el agnóstico (recuérdese el libro *Qué es ser agnóstico* de quien fuera alcalde de Madrid, Enrique Tierno) es *hombre prótesis*: se te *estropea* (estropear no es morir) un hígado y te ponen otro más bonito,

---

<sup>2</sup> *Ibi*, p. 89

puedes elegir entre multitud de modelos en el supermercado de la robótica y la nanología o *enanoantropología*; en la nueva *Odisea del espacio* hay robots capaces de copular y de llorar, fantástico *nuevo humanismo*, la utopía realizada del *hombre remendado*, el *viejo mortal remordido* ha muerto, viva el nuevo *inmortal recauchutado*. ¡Qué afición a lo artificial! Cierta día él le dice a ella: “Tengo para ti una mala noticia: te estás acostando con una máquina”. A lo que ella responde: “Ah, ¿también tú?” Yo de momento prefiero lo natural antes que lo artificial. Seré un machista impresentable, pero prefiero un busto natural a un busto de silicona con el peligro de que te estalle al volar en avión. Por lo demás ¿no tenemos ya bastante tonto inteligentemente artificial? A mí que me dejen mis neuronitas aunque sea para escribir estas pequeñas sandeces y memeces... ¡Viva lo artificial grita el *veganoultravegetarianoeconaturalista* que hace ojitos a su zanahoria y pone su chaquetita de lana al perrito faldero para que no pase frío en las crudas noches de invierno, pobre hijo mío...!

Se ha pasado del tanto morir antes, al nadie morir después, los que van a morir no te saludan porque ni siquiera van a morir. Nadie te dirá “tiene usted la gripe, o su alma está deprimida”, y mucho menos aún “*tiene usted la muerte*”, que es lo que nadie se atreverá a decirle cara a cara al caquéctico con más de ciento veinte años encima, todo eso pertenece al pasado. Viejas profesiones se despiden de la muerte (el médico, el sacerdote, el maestro) y nuevos oficios se instauran para matar la muerte, por ejemplo la *ingeniería atanática*. La muerte ha dado nuevas alas a los *abogados*, inextirpable gremio capaz de sobrevivir a todo, se acabará el mundo pero seguirán los picapleitos, ahí estarán ellos ante los tribunales cuando alguna máquina se haya *escacharrado*: ¿”Cómo es que esta máquina y de suyo eterna ha podido entrar en crisis no pueda ya ser reseteada? Alguien metió la pata”. Pero bueno, al menos no habrá pena de muerte para quien haya metido la pata, pues ¿cómo aplicar la pena capital a un *homme machine* inmortal? Y a seguir picando pleitos, algo bueno tendrá el nuevo código de derecho penal del

*neoantropo máquina*. Pobre Max Planck, que llegó a decir: “La ciencia avanza de funeral a funeral”. De haber sido mejor y más perspicaz físico hubiera debido escribir: “La ciencia avanza exponencialmente de prótesis en prótesis, dime cuántas capa de prótesis llevas encima y te diré cuántas te faltan, la edad que tienes y la que tendrás que tener si quieres sobrevivir”. Ayer podíamos conocer la edad de los árboles por la circularidad concéntrica de sus anillos, hoy por las capas de sus prótesis los conoceréis.

Para que nada falte en la tópica de utopideces de este tipo de libelos los nuevos cronistas de Indias son *¡los blogueros!* “La próxima generación de *googleros* podrá iniciar sus ataques a la muerte desde nuevas y mejores posiciones. Los científicos que gritan ‘*¡Inmortalidad!*’ son como aquel chico que gritó: ‘*¡Que viene el lobo!*’. Tarde o temprano el lobo acabará por venir”<sup>3</sup>. Ah, pero esta vez es un lobo bueno, Caperucita. ¿O no tan bueno? “Si los programas informáticos alcanzan una inteligencia superhumana y unos poderes sin precedentes, ¿deberemos empezar a valorar esos programas más de lo que valoramos a los humanos? ¿Será aceptable, por ejemplo, que una inteligencia artificial explote a los humanos e incluso los mate para favorecer sus propias necesidades y deseos? Si nunca se les va a permitir que hagan eso a pesar de su inteligencia y poder superiores, ¿por qué habría de ser considerado ético que los humanos explotasen a los cerdos y las gallinas? ¿Tienen los humanos alguna chispa mágica, además de inteligencia superior y de mayor poder que los distinga de los cerdos, los chimpancés y los programas informáticos? En tal caso, ¿de dónde llegó esa chispa y por qué estamos seguros de que una inteligencia artificial no la adquirió nunca? Si no existe tal chispa, ¿habría alguna razón para continuar asignando un valor especial a la vida humana incluso después de que los ordenadores sobrepasen a los humanos en inteligencia y poder?, ¿y qué probabilidad hay de que entidades

---

<sup>3</sup> *Ibi*, p. 40.

no humanas lleguen alguna vez a rivalizar con nosotros y a superarnos?” ¡Caramba, mire usted por donde la liebre salta cuando menos te lo esperabas, la metafísica que habías expulsado por la puerta se te cuelga por la ventana, hasta la ciencia es *metafísica*! ¿Y ahora qué hacemos? Ante la metafísica, de todas maneras, que no cunda el pánico, nada nuevo hay bajo el sol y nada pasó cuando se encontró en Grecia una tumba con la siguiente inscripción lapidaria: *To agnosto theo, al Dios inmortal*. Algo parecido a la inmortalidad bajo la lápida es lo que nos vuelve a proponer lapidariamente los diseñadores de cosmovisión de nuestros días.

En definitiva, un futuro sin un tú a quien dirigirse, una máquina autoincurvada sobre sus propias prótesis: no, gracias. Si no hay tú no hay boda, y si no hay boda tampoco natalicios, ¿qué va a pasar con los bautizos? ¿Quiere usted ponerle un nombre a su bebé cuya genética es la de una rata y cuya sabiduría es la de un robot? Pues ahí van, le ofrezco dos: Si no le gusta *Bebé Rata*, póngale entonces *Bebé Microchip*. Pobre ingenuo *homo Deus*, que después de todas las barbaridades que hemos visto habla aún -como si nada estuviera pasando- de “*nosotros los humanos*” ¿*Humanos* nosotros? *Risum teneatis, amice*. Si la perspectiva del hombre futuro no es superior a la de la sosa gallina, entonces el hombre *no tiene futuro*. No tiene futuro tampoco porque su futuro es una chuchería de futuro.

Pero ¿no estaré muy pesimista esta mañana? ¿No habrá pese a todo algo de bueno en este libro y en tantos otros tan malos como él, algo bueno incluso para mí, ahora que voy acercándome a la mera condición de cadáver sin prótesis (*pro-tesis*, eterna reanudación de lo puesto) de recambio, ya más cercano a la muerte natural que al *proyecto cyberántropo*? ¡Pues sí, albricias, algo bueno acabo de descubrir, aleluya: para no desperdiciar mi ya escaso tiempo vida, abandono en este instante el comentario de este libro absurdo que no sabe a dónde va! Aquí lo dejo.

Junto a esa ganancia primaria agradezco también a este libro la ganancia secundaria de haberme *ayudado a recuperar el*

*instinto de supervivencia*, al parecer perdido cuando me adentré en esta espesa selva de toda confusión.

Por fin dos notitas más respecto a la *Breve historia del mañana* del señor Yuval Noah Harari, alias *Homo Deus*. La primera es que falta a sus infinitas páginas la prometida condición de ser *Breve historia*, desatendiendo de tal modo la recomendación que él mismo nos hace, a saber, que “eliminar es probablemente la tecla más importante del teclado”. La segunda es que habla del “teclado” de “este *manuscrito*”, contradicción que solamente habría podido salvarse si su autor hubiese alcanzado ya esa metafase donde sus antiguos dedos hubieran sido sustituidos por prótesis de teclas. Pero eso se avisa, hombre de Dios, no hay que jugar con tanta ventaja. De todos modos, *Hans el Listo* ya se había dado cuenta de estas traiciones del subconsciente de Mr. Harari, pues donde dice “teclado” hay que leer *tinglado*. La mosca (cojonera, claro) del buen caballo alerta mucho más que el psicoanálisis barato del titulado en psicología profunda por la *Universidad Hararikiri*.

Ahora bien, como el “tinglado” de este libro no hay por donde corregirlo, pues no habría mal que negado a él por peor no le viniese, lo mejor va siendo cerrar aquí y procurar descansar de la fatiga de este bodrio de bodrios, que en paz descanse, tan en paz como nosotros comenzamos a hacerlo.

Carlos Díaz